

Jon Sobrino y la nube de testigos

Maria Clara Lucchetti Bingemer
Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro
Río de Janeiro, Brasil

Celebrar toda una vida vivida en la fecundidad del Espíritu es compromiso que llena el corazón de alegría, pero también de responsabilidad. ¿Cómo hacer justicia a alguien querido, que ha marcado no solamente la historia de una, sino también la de muchos y tantos sin caer en lugares comunes, banalidades o emociones fáciles?

Delante del sabroso desafío de escribir un artículo para la celebración de los ochenta años del querido Jon Sobrino, recurro, entonces, al afecto esperando que este inspire la reflexión. Se trata de alguien que aprendí a conocer, respetar y admirar en cuanto teólogo, pero también, y quizás sobre todo, en cuanto amigo y compañero de camino.

Así, pues, espero que este escrito sea traspasado, de inicio a fin, por el sopro renovador del testimonio. Hablo aquí de un testigo que dedicó su vida a no permitir que otros testigos cayeran en el olvido. De esa manera, haciendo, ha dado continuidad a la memoria del testigo por antonomasia, Jesús de Nazaret. Jon Sobrino es impensable solo. Siempre está rodeado por una nube de testigos. Estos y estas, que forman parte de su persona y de su misión teológica, sostienen su vida y fundamentan su teología.

1. El testigo como clave para el acontecimiento de la fe

Un testigo es, en términos jurídicos, alguien que ha presenciado, oído, en suma, vivido algún hecho o dicho importante y que puede informar y construir narrativas sobre él. Se trata, por tanto, de alguien que narra una experiencia vivida y en la cual ha participado. De esa manera, dicha experiencia ha quedado grabada en su memoria.

El testimonio es, pues, el relato de lo que esa persona ha visto, oído, experimentado y memorizado como acontecimiento. El relato asegura la validez y el valor de la experiencia. Se trata, por tanto, de una experiencia subjetiva,

disponible a la opinión pública, a fin de establecer la justicia o para restablecer el orden roto, si este fuera el caso, o para señalar el camino a quienes resultaron afectados o para beneficio de todos aquellos que accedan a su narración.

El testimonio es la categoría clave de la historia del cristianismo y de la teología cristiana. La fe en Jesucristo, en quien la comunidad reconoció la Palabra hecha carne, el revelador del Padre misericordioso, ha sido transmitida a través de los tiempos por textos que atestiguan su existencia, sus acciones y sus palabras. Pero antes, la fe fue transmitida por testigos, verdaderos “textos vivos”, en cuya carne el Espíritu Santo escribió, no con tinta, sino con su sople divino, los fundamentos de la nueva ley del amor. Pablo de Tarso dice a los cristianos de Corinto que ellos y ellas son “una carta de Cristo, de la que hemos sido instrumentos, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; carta no grabada en tablas de piedra, sino en corazones humanos” (2 Cor 3,3)¹.

No pocas veces, esa fe ha sido transmitida por textos escritos por testigos que llevaron su contenido grabado en la fragilidad de su corazón de carne, ampliado por la experiencia del Dios vivo, a quien nadie podía ver sin morir, encarnado en la mortalidad humana. Unos cuantos, en esos comienzos, fueron testigos “oculares”, es decir, vieron y creyeron en los hechos y dichos de Jesús de Nazaret, a quien llamaron Señor y Cristo. Asimismo, la teología, la inteligencia de la fe, construye buena parte de su discurso a partir de esas narrativas testimoniales, cuya raíz se encuentra en la experiencia personal, pero que llegan a la comunidad, la alimentan, la confirman y la proyectan al mundo, haciéndolo más humano y compasivo.

En el siglo XXI, muchos somos testigos “auditivos”, escuchamos y creemos en el anuncio de la buena noticia del evangelio, narrada por su Iglesia. O bien, somos testigos que hemos experimentado la presencia de Jesucristo resucitado en nuestras personas con tal intensidad, que no podemos callarnos y nos vemos obligados a comunicar lo que vivimos a los demás. Esto es posible porque la Palabra de Dios sigue revelándose en la carne humana, tal como lo hizo en Jesús de Nazaret (Heb 4,12).

En medio de la secularización y la pluralidad, golpeado por la pérdida de la hegemonía secularmente detentada, el cristianismo histórico pasa por una profunda crisis institucional, normativa y de formulaciones oficiales. Es un tiempo, tal como nos lo recuerda Jon Sobrino, en el cual nosotros, personas de fe, estamos llamadas a “despertar del sueño dogmático del cual Kant quería liberarnos”².

-
1. Usamos la traducción de Biblia Católica Online. Disponible en <https://www.biblia-catolica.com.br/biblia-latinoamericana/>. Acceso el 12 de noviembre de 2018.
 2. J. Sobrino, *Extra pauperes nulla salus*, p. 13 (Madrid, 2009).

Seguramente, ese despertar constata que existen dos maneras de hacer teología. Una, desde los textos de la Escritura, la tradición y las obras de los pensadores. Otra, desde los testigos, que narran su experiencia de Dios, convirtiendo en carne los conceptos y las categorías que los textos elaboran e interpretan. Ambos modos están en un círculo hermenéutico permanente. Sin embargo, hoy, quizás más que en otras épocas, la teología que emerge de la narrativa testimonial es más escuchada por tener más fuerza para interpelar al ser humano, que se debate entre la crisis de la modernidad y la razón ilustrada y “la licuefacción” de la llamada postmodernidad³.

Hacer teología a partir de las narrativas de los testigos aumenta la credibilidad, porque ellos y ellas han experimentado con mayor profundidad el conocimiento del misterio de Dios, revelado en Jesucristo, y lo hacen presente, en medio del mundo, a través de sus cuerpos y vidas. La gran exhortación *Evangelii nuntiandi*, de Pablo VI, canonizado recientemente por el papa Francisco, ya había dicho: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan [...] o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (41).

Esto es lo que Jon Sobrino nos ha enseñado con su vida y su obra: partir de los testigos y, desde ahí, elaborar la reflexión; vivir como testigo, rodeado de una nube de ellos y ellas, y, desde ahí, tratar de argumentar y construir el discurso; y preservar su memoria, sin perder ni su ardor ni su frescor evangélico, para que no se pierda “el paso” de Dios a través de ellos y ellas, en el mundo, la sociedad y la Iglesia.

2. Jon Sobrino: teólogo y testigo

Conocí a Jon Sobrino a comienzos de la década de 1980, cuando terminaba mis estudios de teología. Sus libros eran los manuales de nuestros cursos, sobre todo, su cristología. Ahí veíamos cómo la liberación de los pobres constituía el eje central que impulsaba su reflexión y caracterizaba su articulación sistemática. En esta perspectiva se inserta y se analiza la novedad metodológica de su cristología: la doble referencia de Jesucristo al reino de Dios y al Dios del reino, junto con la recuperación de la humanidad de Jesús y la verificación de la salvación escatológica como liberación intrahistórica.

Participé con él en algunas de las reuniones de la colección “Teología y liberación”, que se proponía repensar, en cincuenta volúmenes, todos los tratados y temas de la teología, desde la perspectiva de la liberación. En esas reuniones, coincidimos en São Paulo y Petrópolis.

3. Ver Z. Bauman, *Modernidad líquida*, *Amor líquido*, etc.

Ahí escuché por primera vez la concepción de la teología como *intellectus amoris*. Sin renunciar a la definición tradicional que la concibe como *intellectus fidei*, inteligencia de la fe, ya entonces intuí que la teología es, sobre todo, la fe que busca ponerse en acción, mediante la caridad y el amor, esto es, *intellectus amoris*, inteligencia del amor.

El punto crucial de esa contribución a la teología cristiana es el rechazo de la tendencia a reflexionar casi exclusivamente a partir de teorías o de principios abstractos. Los conceptos son importantes y deben ser tratados con rigor. Pero la reflexión sobre la fe, la finalidad de la teología, no es una simple reflexión intelectual (*intellectus fidei*), sino mucho más, una reflexión sobre el amor infinito e incommensurable de Dios, que inspira y configura el amor que mueve al teólogo a reflexionar, a investigar, a hablar y a escribir, al servicio del pueblo de Dios, sobre todo, de los más pobres y vulnerables (*intellectus amoris*).

Muchos años después, en un texto de 2006, Jon Sobrino explica los criterios para hacer una teología militante. Usando los tres niveles de aproximación a la realidad de Ignacio Ellacuría —hacerse cargo de la realidad, encargarse de la realidad y cargar con la realidad—, Sobrino sitúa la militancia en el segundo nivel y lo justifica de la manera siguiente:

Militancia es, entonces, pensar “encargándose” de la realidad, y pensar mucho y bien —para que nadie piense que con la militancia se desdeña el pensamiento y se cae en el mero activismo. Dicho sin ninguna *hybris*, se trata de encargarnos de Dios, de su Reinado⁴.

En seguida, remite su teología, así concebida, a lo que él llama tríada teologal: “es el *intellectus fidei*, en la línea de Agustín. Es también el *intellectus spei*, en la línea de J. Moltmann. Y sobre todo es el *intellectus amoris*, historiado de diversas formas como *intellectus misericordiae, iustitiae...*”⁵.

La teología de la liberación, corriente de pensamiento con la cual Jon Sobrino se identifica y desde la cual comprende su teología, siempre ha intentado ser *intellectus amoris*. De ahí que se haya comprendido como una teología al servicio de la misericordia infinita de Dios⁶. Desafiada constantemente por los hechos y los acontecimientos de la realidad, la teología de la liberación no se ha interesado solo, ni principalmente, en la identidad eclesial de la reflexión y del discurso, sino también en su relevancia social, en su capacidad para descolonizar la

4. J. Sobrino, “La teología: comunicación militante y agraciada. Ser, como Dios, defensora militante del pobre”. Disponible en <http://www.servicioskoinonia.org/agenda/archivo/obra.php?ncodigo=173>. Acceso el 12 de noviembre de 2018.

5. *Ibidem*.

6. Sobre la distinción entre *intellectus fidei* e *intellectus amoris*, ver J. Sobrino, *The Principle of Mercy: Taking the Crucified Down from the Cross*, pp. 27-46 (Maryknoll: Orbis Books, 1994).

sabiduría, en sí misma, y en comprender y transformar la realidad. Es una teología que busca contribuir al avance de la liberación social y al reconocimiento de la dignidad y los derechos de los pobres. Es, en suma, una teología que se inserta en el espacio público y se hace oír públicamente.

Cuando en Petrópolis, a comienzos de la década de 1980, escuché a Jon hablar con precisión y unción sobre la necesidad de que la teología se encargase de la realidad y se hiciera cargo de ella, Mons. Romero y su martirio ya formaban parte de su reflexión teológica. El testimonio martirial del arzobispo de San Salvador, hoy santo de la Iglesia católica, impregnaba cada palabra y cada elaboración de su discurso.

Asimismo, en conversación privada, me ha relatado la terrible experiencia de haber sido testigo del asesinato de las cuatro religiosas estadounidenses —las hermanas de Maryknoll, Maura Clarke e Ita Ford; la ursulina Dorothy Cazely y la joven laica Jean Donovan. El compromiso con la inteligencia del amor y, sobre todo, con el amor eficaz y transformador de la realidad se empezaba a presentar duramente como persecución y violencia sobre las vidas de los y las testigos, que entregaban su vida al reino de Dios y al Dios del reino, en seguimiento de Jesús.

Las amenazas y los sufrimientos comenzaban a rondar a la teología de la liberación y a sus representantes. Aun antes de que saliera el primer tomo de los cincuenta planeados⁷, y de que sus responsables y sus posibles colaboradores fueran conocidos públicamente, aparecieron una serie de amenazas para hacer fracasar la iniciativa. Las editoriales —Vozes, de Brasil, y Paulinas, de España y Argentina— fueron presionadas, a través de los superiores generales de las congregaciones religiosas, para que abandonaran el proyecto; y los teólogos más destacados —Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff— fueron criticados públicamente por su teología. Esto puso en evidencia los riesgos que corrían quienes trabajaran en el proyecto.

La amenaza era infelizmente real, tal como lo demostró aquel terrible 16 de noviembre de 1989. El cumplimiento de la amenaza afectó directamente la vida y la teología de Jon Sobrino.

3. Cargar con la cruz de la realidad y la teología

El 16 de noviembre de 1989 por la tarde, al llegar a casa, mi madre me dijo que Leonardo Boff me había llamado por teléfono varias veces y que parecía

7. La historia de la colección, la lista completa de los tomos del proyecto y sus autores pueden verse en J. O. Beozzo, “O êxito das teologias da libertação e as teologias americanas contemporâneas”, *Cadernos Teologia Pública* 93, vol. 12 (2015). Disponible en http://www.ihu.unisinos.br/images/stories/cadernos/teopublica/093_cadernosteologia. Acceso el 12 de noviembre de 2018.

muy preocupado y afligido. Al corresponderle la llamada, recibí la noticia. Todos los miembros de la comunidad jesuita de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” (UCA) habían sido asesinados. Ahí perecieron los jesuitas Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín-Baró, Segundo Montes, Amando López, Joaquín López y López y Juan Ramón Moreno, junto con la cocinera de la casa, Julia Elba Ramos, y su hija adolescente, Celina Ramos⁸.

Unos meses antes, en Madrid, había conocido a Ellacuría. En esa ocasión, acompañé a Lina Boff, quien participaría junto con él en un programa de la televisión española. Me regaló un libro y recordaba con gratitud y gusto la breve conversación que tuvimos. Imaginarlo muerto con tanta violencia y crueldad me resultó muy doloroso. Leonardo me informó que Jon se había salvado, porque no estaba en la comunidad esa noche. Casualmente, se encontraba dando unos ejercicios espirituales en Asia. Uno de los dos sobrevivientes de una comunidad martirizada, comenzó, a partir de ese momento, una nueva etapa en su teología. Una teología no tanto de textos, sino de testigos. Una teología que cargaba con la realidad como con una cruz. Una teología que se comprometía a vivir en la fidelidad a los mártires y a su testimonio, el cual no podía ser olvidado, sino que, al contrario, debía animar la vida y el pensamiento.

Según la lectura que Jon Sobrino hace del pensamiento de su hermano Ignacio Ellacuría,

“cargar con la realidad” es la dimensión ética de la inteligencia, la cual no se le ha dado al teólogo para desentenderse de, sino para cargar con las exigencias del encargo. La teología debe cargar con lo oneroso de la realidad, lo cual, si de teología cristiana se trata, no deja de ser una tautología. La persecución no es sólo lo que sobreviene a los cristianos por necesidad, como Pablo avisaba desde el principio a los cristianos de Tesalónica, sino lo que debe sobrevenir a quienes piensan cristianamente a Dios en contra de los ídolos, y a los que se encargan del Reino en contra del anti-reino. De una u otra forma, acabarán como mártires, como Jesús —mártires jesuánicos—. Y habrán sido mártires por haber sido teólogos⁹.

Sobrino entró en esta nueva etapa de su teología acompañado por una nube de testigos. Sobreviviente de una masacre, a la cual estaba destinado, entendió que la vida le era regalada con una misión: cuidar y mantener viva la memoria de los mártires. Tanto la de sus hermanos jesuitas como la de todas las víctimas de la pobreza mortal, del hambre, de las enfermedades y de la vida disminuida y agredida. Desde el campesino salvadoreño al habitante de las favelas de Río

8. Sobre esa comunidad, su mística y su martirio, ver mi libro *Mística e Testemunho em Koinonia. A inspiração que vem do martírio de duas comunidades do século XX*, p. 1 (São Paulo, 2018).

9. J. Sobrino, “La teología: comunicación militante y agraciada”, o. c.

de Janeiro hasta el arzobispo Óscar Romero, en cuya persona, “Dios pasó por El Salvador”¹⁰.

Diez años después del martirio de su comunidad, en 1999, su libro *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*¹¹ hace una inestimable contribución a la cristología y a la teología latinoamericana y universal. Ahí, Sobrino amplía el concepto de pobre, central en la primera hora de la teología de la liberación. Sin abandonar la perspectiva socioeconómica y política de ese momento primero, sostiene que víctima es todo ser humano que sufre opresión y que, amenazado continuamente por la muerte, debe buscarse la vida. Víctima es quien carga con lo oneroso de la realidad, porque no tiene otra opción, y quien exige solidaridad y hermandad de mente y corazón al cristiano y, muy especialmente, al teólogo.

Al igual que Jesús de Nazaret, el testigo primordial, las víctimas, según Sobrino, no merecen piedad y compasión baratas. Ellas se presentan como quienes tienen autoridad: autoridad para juzgar y, sobre todo, para perdonar. Autoridad para salvar. Autoridad para revelar el corazón de la realidad con la cual es necesario cargar. Desde las víctimas, es posible hacer una teología, no tanto de textos como de testigos. En suma, una teología martirial.

4. Martirio y testimonio: el corazón de la humanidad y la teología

La historia de la etimología de la voz “testigo” revela algo importante de su contenido e identidad. Esa historia es indisociable de la historia del martirio, entendido desde siempre como testimonio hasta el derramamiento de la sangre. La voz “testigo” se traduce del griego como “mártir”, más desde la dimensión antropológica y menos desde la jurídica.

Martus viene de *mrtu* y luego se convierte en *mermera* o angustia, cuidado y preocupación. Y también *mermerizo* o estar ocupado, lleno de cuidados. La raíz subyacente en estas voces es *smer* (*mer*), que significa reflexionar, pensar, recordar, cuidar, preocuparse, recordarse. En sánscrito, *Smrti* denota aquello que es recordado, lo que se confía a la memoria, o sea, a la tradición.

Siguiendo, pues, la etimología y la historia de la palabra, se llega a la siguiente descripción: *marturia*, testimonio, el acto o el resultado de testificar, o sea, de atestar, de depositar una convicción que se carga sobre uno mismo, por la cual nos preocupamos, la cual recordamos y por la cual sentimos ansiedad y angustia¹².

10. Cita de Ignacio Ellacuría repetida constantemente por Jon Sobrino en charlas y conferencias.

11. J. Sobrino, *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas* (Madrid, 1999).

12. J. P. Pierron, *Passage de témoin*, p. 21 (París, 2006); cita de R. Pannikar, “Témoignage et dialogue”, en E. Castelli (coord.), *Le témoignage. Actes du colloque*

Un testigo es, por tanto, alguien cuyo espíritu y cuya carne han sido laceradas.

El testigo supremo es lacerado primeramente en el interior de sí mismo y en el punto más alto de su ser frente al individuo del cual asume la vida a lo largo de los días. Lacerado igualmente por el abismo que separa la verdad de la cual da testimonio del mundo que no quiere recibir su mensaje¹³.

El ser humano exaltado por la modernidad, autónomo y glorioso, y posteriormente aplastado por ideologías totalitarias, como el nazismo, el comunismo y sus subproductos, es sucedido por el ser humano humillado, debilitado y sometido por la inevitabilidad de un nuevo destino. Al no confiar más en sus capacidades, se dobla a las más diversas tiranías, como el consumismo, el hedonismo, el mercado y un neo-pelagianismo, que trae consigo la trampa de la omnipotencia. Mientras tanto, las víctimas siguen sufriendo la vida que les ha sido robada y la esperanza que les ha sido negada por ese ser humano defraudado en sus sueños de omnipotencia y conocimiento, y que no acaba de encontrar margen de maniobra para hallar el camino de su identidad y dignidad perdidas¹⁴.

El testigo se sitúa entre el exaltado y el humillado. El ser humano débil ha desistido de sus sueños de omnipotencia y reconoce su pobreza, pero no ha abdicado de su identidad, ni de su capacidad para la iniciativa. Su originalidad irremplazable y su valor único estriban en el hecho de que su testimonio, aquello que él o ella no pueden dejar de dar y de ofrecer a su mundo y a sus contemporáneos, y también a la historia de la humanidad como un todo, es algo que vincula de manera inseparable y carnal el contenido de su narrativa con una manera de ser y de existir, razón por la cual moviliza todas las capacidades humanas, ya sea la palabra, la actitud o la resistencia¹⁵.

Este es, según mi entender, el centro de la teología de Jon Sobrino. Asimismo, es el corazón de la autoridad de los y las testigos, que él se esfuerza incansablemente por mantener vivos. Los mártires que van poblando sin cesar su pensamiento y sus escritos, perturban e incomodan, porque ponen de manifiesto algo radical y excesivo. De la misma manera, este teólogo, que, al nombrarlos y narrarlos, no cesa de hacerlos hablar y de demostrar que, aunque muertos, están más vivos que nunca.

La teología de testigos que Jon Sobrino viene haciendo desde hace ya muchos años, se ocupa del misterio que fundamenta la condición humana en cuanto tal

organisé par le Centre international d'études humanistes et par l'Institut d'études philosophiques de Rome, p. 373 (París, 1972). La traducción al español es nuestra.

13. A. Adamov, "Le printemps '71", en R. M. Rilke, *Avertissement. Le livre de la pauvreté et de la mort*, p. 7 (Actes Sud, 1982); citado en epígrafe de J. P. Pierron, *Passage de témoin*, o. c., p. 9.

14. *Ibid.*, p. 16.

15. *Ibid.*, p. 17.

y denuncia todo intento por reducirla, agredirla o minimizarla. Él mismo testigo y teólogo, al leerlo, encontramos a alguien que ha experimentado lo Absoluto y que ha hecho de esa experiencia el principio de su vida. En este sentido, su testimonio y su narrativa, al hacer de la verdad su biografía, su historia de vida, se “infiltran” en el interior de la volatilidad y la precariedad del mundo. Sobrino ha tenido la osadía de inventar una nueva lógica y nuevo lenguaje para decir lo Absoluto y la verdad, de la cual la humanidad tiene una sed insaciable.

Los testigos que orientan la teología de Jon Sobrino son asimilables a lo que la historia de las ideas ha llamado “héroes”, una categoría que, junto con la de santo y la de sabio, sirve para clasificar las virtudes morales indispensables de la condición humana¹⁶. El testigo y el mártir reúnen las cualidades de las tres categorías y las superan. Su muerte no puede ser desvinculada de su vida. Es el sello que le imprime coherencia. Para entender el alcance del destino de un testigo y afirmar que su muerte es verdadero martirio, hay que examinar cómo ha vivido. La vida, su historia de vida, ilumina y hace que su muerte cobre todo su sentido. Y a la inversa. Su muerte confirma y legitima todo aquello por lo que luchó durante su vida. Así lo muestra la teología de Sobrino, que despliega constantemente los detalles de la vida y del pensamiento de Mons. Romero, de Ellacuría y de tantos otros testigos que conoció y conoce, que alimentan e inspiran su teología.

5. Conclusión: una teología que desea bajar a los pobres de la cruz

En la celebración de la vida de este hermano, maestro y testigo, reconocemos que su teología, a pesar de estar impregnada de gratuidad y espíritu, no carece de eficacia. Su objetivo, su mayor deseo, es y sigue siendo bajar a los pobres de la cruz. Su vida y su reflexión, actantes y diligentes, acompañadas por la nube de testigos que lo rodean y lo sostienen, están dedicadas a ello.

El testigo es vulnerable, pues está expuesto y entregado al mundo y a los demás, en total disponibilidad. Relacional por excelencia, su testimonio declara aquello que él mismo, en cuanto ser humano, al igual que otros seres humanos, ha visto, oído y tocado. Aquí se encuentra la experiencia constituyente de su vida. Una experiencia que no le ha sido dada para sí mismo, sino para ofrecerla humilde y generosamente a otros. En este sentido, el testigo es una instancia de mediación en medio de los conflictos, que hace brotar diálogos aparentemente imposibles. Asimismo, en su provisionalidad, es servidor de lo Absoluto y de la Verdad, de la alteridad que lo interpela y lo requiere como mediador¹⁷.

16. Véanse “Sainteté”, en <http://www.universalis.fr/encyclopedie/saintete/> (acceso el 13 de noviembre de 2018); y G. Festugière, *La sainteté* (París, 1949).

17. Ver la magnífica reflexión de E. Lévinas, en *Autrement qu'être ou Au-delà de l'essence* (La Haya, 1974).

En sí mismo, afirma más que a sí mismo. Es portador de una verdad que no puede ser reducida a mera opinión. Allí donde la opinión es objetiva y subjetivamente contingente, su testimonio confiesa una verdad que puede que no sea objetivamente constatable y suficiente, pero que lo es, sí, subjetiva, personal y comunitariamente. Esto hace que su testimonio tenga una normatividad, puesto que él o ella vinculan el destino de la verdad con el suyo propio¹⁸.

Alguna vez han acusado a Sobrino de hacer una teología demasiado humana. Pero, gracias a Dios, un buen número de teólogos, dio testimonio a su favor. Su teología, a pesar de ser, sí, muy humana, tal como deben ser todas las teologías, habla incesantemente de Dios. En efecto, el misterio de Dios es central en el pensamiento y en el discurso teológico de este hermano que hoy festejamos. Pero es el Dios de la revelación bíblica judeo-cristiana. Y, por consiguiente, un Dios inseparable de los pobres, por quienes late amorosamente su corazón de padre. Jon mismo no dice:

La misteriosidad del misterio de Dios permanece. Pero junto a él hemos encontrado el misterio de los pobres. Está en las Escrituras, en tradiciones cristianas y en venerables religiones. En Medellín, por ponerle fecha, ese misterio se nos dejó ver, *opthe*, como misterio inexhaustible, luz poderosa y exigencia invitante. Desde entonces, de manera muy real y existencial, Dios, sin dejar de ser Dios del misterio, ha hecho espacio para el misterio de los pobres. Y por esa razón, aunque lo hagamos con mejor o peor fortuna, tenemos que seguir “a vueltas con los pobres”¹⁹.

Para este teólogo y en esta teología, en los pobres se hace presente un misterio. “Ofrecen una *mistagogía* para introducirnos en el misterio de Dios. Y a la inversa, desde el *Theos*, nos acercaremos mejor a su misterio”²⁰. Por eso, no teme afirmar que fuera de los pobres no hay salvación. En el año de la celebración de los cincuenta años de la Segunda conferencia del episcopado latinoamericano, en Medellín, que es también el año de la celebración de sus ochenta años de fecunda vida, nos confiesa cuál es su esperanza:

Que el Cristo de Medellín regrese y se quede en este continente. Que se nos aparezca con muchos otros testigos, de las iglesias y de las religiones. Y que le conozcamos mejor, para más amarlo y seguirlo.

Decimos: Amén. Y agregamos: ¡Felicidades!

18. J. P. Pierron, *Passage de témoin*, o. c., p. 23.

19. J. Sobrino, “Bajar de la cruz a los pobres: cristología de la liberación”, *Teoría y Praxis* 11 (2007), 81.

20. *Ibid.*, p. 82.